

Este texto fue escrito para el 1er Festival de literatura en el campo en Delémont, y fue publicado en francés en la revista A4 (diciembre de 2020). La presente versión ha sido ligeramente modificada.

Para tener una visión de un campo de lluvia, pasar una tela de araña por el pulverizador: las gotas suspendidas son como estrellas de bolsillo ensartadas en una muselina de seda. Sin embargo, no es tanto un agregado como una acentuación. Ninguna parte está del todo seca, así los pesos simplemente se revelan.



*a lo lejos
siempre
silencio*



Cuando llueve, caracoles y babosas se empapan en su jugo, se disuelven y desaparecen. Poco a poco se forman hilos de agua, drenando materiales que derivan al aire libre. Diminutos mundos desprendidos entre corrientes, o unidos, al contrario, en un mismo medioambiente.



¿A qué profundidad penetra el agua en un prado? Imaginar lo que no se ve ni se siente y no puede ser sino irregular. Imitando un tejido de raíces, un cuerpo miceliano, las aguas se abisman entre las sombras hasta desaparecer. Dentro de la tierra aún seca se forma, invisible, un dibujo, una huella húmeda como la figura del rayo.

En lo profundo el agua se evapora en medio del calor. Así, en toda su extensión, emanaciones y aluviones se cruzan en la densidad de los subsuelos.



Los tonos se transforman bajo la lluvia como si el agua atiborrara el mundo y cada una de sus partes. Pero el color de las hierbas o de las flores no huye como en un río la acuarela de un pincel. Los tonos cambian, pero persisten en sí mismos: son ligeras variaciones del suelo que confluyen dentro de la planta en matices prietos o avinagrados.



¿Qué les hace el agua de lluvia a los sonidos cuando el espacio llega a saturarse de ella? A medida que este se carga parece reducirse y el fondo se tamiza. Un encaje de motivos húmedos se juega por encima, la delicada cinta de una cajita de música aérea para una melodía de burbujas y estremecimientos.

Lo que se oye de los impactos del agua sobre un paraguas, no lo podemos restituir por completo: es una música que se toca dentro de la cabeza, golpes secos sobre la tela y a veces unos susurros semejantes a la crepitación del fuego de artificio que se disipa. Una grabación lo entregaría todo, a ciegas, salvo esa línea que seguimos cuando escuchamos de cerca, tan de cerca que la producimos nosotros.



¿Cuál es su ruido cuando se alza la bruma?

Adeptos a las músicas silenciosas y a las sonoridades inciertas, imaginamos una espuma que se forma y se desvanece.